

SUMARIO

TITO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Recomendación... inútil, por Félix Limendoux.—Desde París, por Ramón Asensio Más.—Los narradores de crímenes, por Julio Poveda.—Himno al trabajo, por Simón Delgado.—Tres sonetos, por Antonio Palomero.—Los Juguetes, por J. Martínez Ruiz.—La Exposición del Círculo de Bellas Artes, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clara.—¿Y me dices que no quieres?... por Vicente Fernández Alonso.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GUABADÓS: Carlos de Batlle, caricatura de Santa Ana Bonilla.—En el Dos de Mayo, por Leal de Camara.—Táctica moderna, por Arveras.—«Vaya por ustedes, señores!», por V. Tur.—La bella Otero, de litografía Heullinger.—Intermedio cómico, por Medina Vera.



De Todo un Poco

El anuncio de que van a celebrarse en Palacio dos ó tres bailes «pequeños» ha llenado de alegría á mucha gente, figurándose sin duda que allí pueda entrar todo el que consiga una tarjeta, ó que basta presentarse decentemente trajeado para que le admitan á uno.

No, señor; á esos bailes sólo pueden concurrir los que reúnan determinadas condiciones é inspiren ciega confianza, á fin de que no se lleven cosas. ¡Pues á fe que no hay allí objetos de valor!...

Aun después de hecha la conveniente selección, se ha dado el caso, en los tiempos de doña Isabel II, de haber desaparecido varias cucharillas en noche de baile.

De aquella época procede también la invención de los bolsillos de hule, dentro de los cuales ocultaba el amante esposo la ración de pavo, las lonchas de jamón y cuantas otras golosinas podía obtener para obsequiar con ellas á la dulce esposa.

—¿Qué me traes, Maximino?—preguntaba ella desde el lecho.

—Medio pollo, dos galletas, un emparedado y dos cuchillos de postre.

—¿Qué bueno eres!

—Iba á traer también una servilleta adamascada, pero no he podido.

—¿Por qué?

—Porque no me quitaba ojo una marquesa.

Hay esta vez una circunstancia que retraera seguramente á algunos invitados: la de tener que asistir con calzón corto.

A mí no me invitarán ¡claro!, pero aunque me invitasen, de ninguna manera aceptaría, pues no me gusta enseñar las formas.

Figurémonos que se presentase en mi casa un señor de esos que tienen gran influencia en todas partes y me dijera:

—Vengo á buscarle á usted para ir al baile de Palacio.

—¿Hombre, á santo de qué?

—Es un capricho de Silvela.

—En ese caso...

—Con que, á ponerse el frac inmediatamente.

—Debo advertir á usted que se me ha quedado un poco antiguo.

—No importa. Peor que el de Mariano Catalina no ha de ser...

Con que á vestirse... ¡Ah! ya sabe usted la condición.

—¿Qué condición?

—Tiene usted que ir de calzón corto.

—¿De calzón corto? ¡Jamás!

—Vamos, no sea así.

—Le digo á usted que no.

—Hombre, hágalo usted por Silvela.

—Ni por Silvela ni por nadie. Yo no le enseño las pantorrillas á toda una generación.

—Pero ¿por qué?

—¿Quiere usted que le sea franco? Porque las tengo muy flacas. Y no habría medio de convencerme. Por esta misma causa dejarán de asistir algunas personas que conozco.

—¿Con qué pantorrillas me presento yo delante de la aristocracia?—pensará Pablo Cruz.

Y dirá Gamazo:

—Yo no enseño las piernas, no, señor; dirán que son piernas de jamona.

En cambio, los que sienten el orgullo de la estética corporal y se vanaglorian de haber nacido perfectos, se apresurarán á exhibir las formas, diciendo para sí:

—¿Qué impresión han causado mis pantorrillas!... ¡Cuánto hubiera dado Sánchez Toca por poseer otras iguales!

Para los que carecen de carnes propias, queda siempre el recurso del algodón en rama. Es lo que piensa hacer un director general escuálido que prepara en estos momentos la ropa para el baile. Ha cogido unas medias de su mujer y las ha rellenado de algodón.

Llegará la noche solemne, y al presentarse en Palacio, es posible que digan las señoras:

—¿Ha visto usted una cosa más rara?

—¿Cuál?

—Fíjese usted en aquel caballero. Parece mentira que con una cara tan flaca, se puedan tener unas pantorrillas tan gordas.

—Son, efectivamente, muy robustas.

—¿Dios se las bendiga!

Hay quien con tal de ir al baile, enseñaría no sólo las piernas, sino también el brazo y el escote.

La cuestión es entrar y darse tono después entre sus relaciones, diciendo que han estado hablando con las personas Reales y discutiendo con Villaverde acerca del impuesto de consumos y la necesidad de crear una contribución sobre el cosmético.

Ya anda por ahí un joven con cara de mala alimentación diciendo que él piensa ir á los bailes, porque reúne las condiciones que exige la etiqueta.

—Bueno, pero usted ¿qué es?—se le pregunta.

—Funcionario público—contesta orgullosamente.

—¿De qué clase?

—De la clase de escribientes temporeros.

Y como supone que ha de poder entrar, le ha pedido prestadas unas medias negras á un sacerdote.

—No sé si debo prestárselas á usted—ha dicho éste.

—¿Por qué razón?

—Porque son medias eclesiásticas y no me parece bien que se empleen en bailar rigodones.

Los que tienen cargo en Palacio, reciben visitas molestas en demanda de invitaciones personales.

—Venia á ver á usted para pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Pues yo tengo estos días en casa una forastera y la estoy enseñando todo lo que hay en Madrid, y como no ha visto el Palacio por dentro, quisiera conseguir una invitación para el baile, á fin de poderla llevar.

—¿Está usted loco?

—Yo creí que no habría inconveniente. Advertí á usted que tiene muy buena ropa, pues ella es de Barbastro, donde se viste muy bien.

Los bailes en proyecto son convenientes no sólo para facilitar trabajo á nuestros menestrales, sino también para desarrollar las ilusiones en nuestra juventud elegante y bien parecida.

—Merced á estos bailes, yo en mi calidad de representante del país, podré alternar con la aristocracia—me decía un diputado nuevo.

—Y ¿quién sabe si se enamorará de mi alguna dama linajuda y rica?

—¿Quién sabe?—le contesté yo—pero lo más probable es que no se enamore.

—¿Cree usted?...

—Creo que en cuanto le oiga á usted hablar, va á mandarle á freír espárragos.

LUIS TABOADA

Recomendación... inútil.

—Mira, Petra, es necesario que tengas más vigilancia y que observes á Lolita cuando con el novio habla; porque es de que te pases la noche en una butaca dando ronquidos atroces y pegando cabezadas mientras ellos se entretienen en un rincón de la sala, no está bien en una madre, y me parece una falta en ti que presumes tanto de tener buena crianza. Más de diez ó doce veces al volver de noche á casa los he sorprendido juntos volviéndose las espaldas y los dos con las narices á tres dedos de distancia... Y por mucho que se tengan que decir en confianza comunicándose cosas de esas que llegan al alma, no creo que necesiten estar seis horas largas lo mismo que las obleas ó los sellos de las cartas. Tu obligación como madre es ponerte cara á cara de los dos y ni un segundo apartarles la mirada; procurar que no se sienten al lado de la ventana, porque en el rincón aquel no da la luz de la lámpara, y fíjate en que lo menos cuatro veces se levantan y con el fútil pretexto de que él quiere beber agua, se marchan al comedor,

se están un rato de charla y al volver, como la luz del pasillo está apagada, tienen los dos que ir á tientas hasta llegar á la sala. Por eso debes pasarte toda la noche de guardia y colocar el botijo y una copa en la antesala, ó si no puede ser eso que la chica se lo traiga. La moral es lo primero y es preciso conservarla; porque si nuestros amigos algún día se enteraran de que teniendo una hija joven, inocente y guapa, la dejamos con el novio y le damos esas alas, como tú no sabes, Petra, lo que es la malicia humana, ¡sabe Dios lo que dirían aunque no ocurriese nada! Es preciso á todo trance que extremes la vigilancia, que evites que estén tan juntos, que tú estés despabilada, que te fijas en los ojos, en las manos y en las caras, y sobre todo que el chico no la tenga arrinconada y no se pasen la noche igual que las cucarachas. —Eso es una tontería. —¿Tontería? ¿Por qué causa? —Porque es molestarle en balde para el tiempo que les falta; serán marido y mujer dentro de un par de semanas y en cuanto que estén casados... ¡Verás cómo eso se acaba!

FÉLIX LIMENDOUX

Desde París.

(NOTAS DE MI CARTERA)

Tengo, sobre mis muchas obligaciones, la de contar á ustedes mis impresiones, y aunque el trabajo á gusto jamás me abruma, soboliento y cansado tomo la pluma, porque... sepan ustedes que, de un tirón, he recorrido toda la Exposición. Cruzan en loca danza la mente mía cien mil cosas que he visto durante el día: construcciones, estatuas, flores, pinturas, jardines, pabellones y colgaduras, y me asusto pensando de qué manera voy á ordenar las cosas en mi mollera para que lo que escribo mal y deprisa me resulte una carta clara y concisa. En fin, lector, empiezo con tu permiso... ¡y á ver si salgo airoso del compromiso.

En la llamada *Calle de las Naciones* se levantan altivos los pabellones, edificios costosos que han levantado las naciones del mundo civilizado. El pabellón de Italia, que es el primero, elegante, gallardo, noble y severo, por la traza imponente de su fachada más parece un convento que una embajada. Cúpulas y remates de corte airoso le prestan un aspecto muy religioso, y el sol quiebra sus rayos durante el día

en su hermosa y brillante cristalería. Alemania presenta con noble intento un pabellón estilo Renacimiento; Bélgica un edificio donde ha copiado el estilo flamenco más delicado, y un palacio Inglaterra grande, sombrío... é igual que los ingleses severo y frío. Después... Portugal, Mónaco, Austria y Suecia, los Estados Unidos, Turquía, Grecia, y un enjambre de pueblos y de naciones con palacios, hoteles, y pabellones... que enumerar no quiero, porque sería prolongar esta lata más todavía.

Sin embargo, una cosa me ha sucedido que anoto... pues no quiero dar al olvido. No tiene ni importancia ni transcendencia, será si ustedes quieren una inocencia, pero prueba del modo más evidente lo que puede en el hombre la patria ausente. En mitad de la *Calle de las Naciones*, visitando hace un rato los pabellones sentí emoción profunda viva y extraña al verme ante el palacio que tiene España. Al llegar á su puerta con paso incierto, saludando á mi patria me he descubierto; bajo sus altas torres feliz he sido bendiciendo la tierra donde he nacido,

EN EL DOS DE MAYO, POR LEAL DE CAMARA



—¿Que ha venido usted á visitar las víctimas? Pues para eso no tenía usted necesidad de haber salido de casa, querida mamá suegra.

TACTICA MODERNA, POR ARTERAS



—Antes sobre Lady Smith y ahora sobre Lady Brand...

—(No va á quedar una lady con la guerra del Transvaal!)

y á la sombra gloriosa de mi bandera la historia he recordado de España entera.

Sí, lector; en la *Calle de las Naciones*, visitando hace un rato los pabellones sentí emoción intensa viva y extraña al verme ante el palacio que tiene España.

Emoción pura y honda, noble y sincera, que ya sentí á mi paso por la frontera cuando ví con profunda melancolía perderse en lontananza la patria mía, envuelta, como en nimbo resplandeciente, en los primeros rayos del sol naciente...

RAMÓN ASENSIO MÁS

Los narradores de crímenes.

Se han fijado ustedes alguna vez en esos seis ó siete distinguidos industriales que recorren diariamente las calles de Madrid, paseando terroríficos cartelones donde están pintadas con mucha abundancia de color rojo, las hazañas de bandidos de bien cimentada reputación, y contando pintorescamente la vida de éstos?

A mí me encantan, porque tienen algo de poetas, porque en ellos vibra, aunque muy rudamente, el espíritu de los antiguos trovadores.

No sirven todos para ese *trabajo* de ganarse la vida sin trabajar; necesitan imaginación, elocuencia fácilmente comprensible para su vulgar auditorio, y haber pasado una temporada encerrados por algún *negocio* que estorbó la policía en su afán de concluir con todas las *fuerzas vivas* de la nación.

Yo he observado detenidamente á esos individuos y he descubierto tres especies distintas: el apologista, el moralista y el orador.

El primero es un tipo curiosísimo; busca una calle ó plazuela donde haya verduleras, mozos de cuerda y demás gente fina; á ser posible, se coloca junto á un farol, empuña su compañero—siempre van dos—el palo que sujeta el lienzo, y él, con una varita en la mano, así que ve reunido á su alrededor suficiente número de personas, comienza así:

—Este es el valiente y simpático bandido apodado el *Humitos*—y con la varita señala un manchón del lienzo, que dice ser el retrato del héroe. Algunos lo dudan; yo lo creo, porque cuando él lo dice...

—que á los veinte años realizó la primera *hombrada* asesinando en menos de media hora una familia compuesta de siete individuos, sin contar la criada. La infame policía le persiguió con furia, pero *afortunadamente* no consiguió prenderle—el hombre consigna esto con el mismo júbilo que contara que había heredado de un tío del género ultramarino,—de lo que se alegró mucho el *Humitos*, que decidió dedicarse á más altas empresas, para lo cual reclutó una docena de ladrones bravos y estudiosos creando una sociedad, reglamentada y todo, dedicada á la *explotación de la riqueza oculta*. El primer asunto lucrativo que negoció fué el *desalquite* de la caja de caudales de un banquero muy viejo y muy aficionado al sexo casi bello de las cocineras. Para realizarlo, derrochó el joven y ya popular *Humitos*, ingenio y canela fina. Se afeitó, se vistió de mujer y sin gran esfuerzo pudo entrar de doncella en casa del banquero, que era viudo, pero sin hijos; como aparte de ser un poco bizco y tener remiendos en la cara, era bastante guapo, el viejo se enamoró de él y le pidió una cita que le fué concedida para el día siguiente á las diez de la noche. Llegado el momento, el banquero, que había dado permiso á los demás criados para ir al teatro, entró en el cuarto de su doncella; allí, el *Humitos*, le sujetó y metién-

¡¡ Vaya por ustedes, señores!!



- 1 -



- 2 -

dole en un saco le introdujo en una ancha tinaja situada en un rincón de la cocina—y señala otra sugestiva mancha del lienzo,—franqueando después la puerta a sus compañeros que aguardaban en la escalera para ayudarle a saquear la caja...

Y el narrador sigue contando robos, asesinatos y demás piadosas acciones de tan admirada gloria nacional; y al contar, lo hace con tanto entusiasmo, que yo creo que en aquel momento—y en los otros—siente no ser el protagonista. Algunos del público se sienten también un poco bandidos, y desaparecen varias prendas de los bolsillos de cándidos espectadores. Las verduleras piden interiormente las cabezas del gobernador y del que inventó los guardias...

En cambio, el moralista pretende inculcar a su auditorio ideas sanas y honradas; pinta sombríamente la vida de los malhechores; al describir las aventuras de éstos, hace consideraciones morales que llegan al alma de sus oyentes; y termina con una conclusión filosófica digna de figurar al lado de ésta, que se halla escrita en todas las escuelas y que pasará a la posteridad: *Odia el delito y compadece al delincuente.*

Sus frases: *Un ladrón es un reptil al que hay que aplastar la cabeza, y Los asesinos no tienen madre*, pronunciadas en arranques verdaderamente geniales, son más conocidas que los versos del Tenorio. La sensación que han producido en las rabaneras impresionables y en los hidráulicos—léase aguadores—sentimentales, no es para descrita; no las han comprendido, pero la grandeza que envuelven ha herido sus cerebros maravillándolos.

Este hombre debe estar subvencionado por alguna compañía de pacíficos burgueses que odian a la buena gente, como diría el tipo de quien hablé antes...

Y por último, el orador. Antes de salir por esas calles con el siniestro cuadro, ejerció la profesión de ir muy temprano al Congreso en las grandes solemnidades parlamentarias—estilo de cualquier fabricante de artículos de fondo—a guardar turno para la tribuna pública y vender después el puesto por dos ó tres reales a los aficionados perezosos. Pero algunos días que no tuvo la suerte de hallar compradores, subió a presenciar las discusiones y estudió el estilo, los ademanes y el tono de voz de nuestros grandes discursadores. Y tan bien los estudió, que hoy los imita perfectamente, y no digo que a veces los supera, por no indisponerme con las eminencias aludidas.

Sus relaciones criminosas son un compendio. Después del acostumbreado: *Señoras, señores y demás público*, suelta un párrafo coheche a lo Moret, inmediatamente un cavernoso apóstrofe salmeroniano, en seguida, recordando a Romero Robledo, habla un poquito en andaluz y se tira de los puños de la camisa, y sucesivamente salen de su boca, el chillido que hemos convertido en llamar mordaz, de Silvela, el chiste sagastino, el latiguillo de Pidal, el jipío de Maura... etc., etc.

Este es el que tiene más simpatías, y es natural, ¿a quien no le gusta lo bueno?... Y no es que yo diga que eso es bueno...

Los tres que he apuntado son los narradores legítimos, netos, de raza; ¡los que venden más papeletos donde va impresa la historia del saltador!... Si ustedes encuentran alguno que reúne las tres cualidades, no le hagan caso, desprecíenle.

¡Es un vil mixtificador!...

JULIO POVEDA

Himno al trabajo.

Hipógrifo invencible sus aúchias fauces truenan, lanzan rayos sus ojos. Cogeos á sus crines para cruzar la tierra, ó posará arrollándonos á todos.

E MARQUINA.

Tienes razón poeta: los tiempos son de lucha la humanidad se agita y se revuelve y en ciudades y aldeas se llaman y se juntan las nuevas tropas que al combate vienen.

Arrancará de cuajo el huracán que sopla las podridas encinas seculares. ¡Tódel todo á su paso lo arrollará la tromba como el ciclón que las campañas barre.

Por todas partes alza rumores de protesta la inmensa muchedumbre de oprimidos que lentamente avanza limando sus cadenas rojizas por la herrumbre de los siglos.

Se acerca el rudo choque, vendrá con la justicia la paz universal, firme y eterna. La idea es grande y noble, su triunfo necesita que los hombres de bien unan sus fuerzas.

Los que asustados tiemblen, los que cobardes huyan no son hijos de Dios, no son cristianos... ¡Por redimir al débil que gime con angustia debe darse la vida en holocausto!

¡Cantad, los trovadores, al frente de las turbas! ¡Las huestes del trabajo van en triunfo! ¡Caigan las viejas torres y de las ruinas surjan viril la humanidad, joven el mundo!

SINESIO DELGADO

LA BELLA OTERO

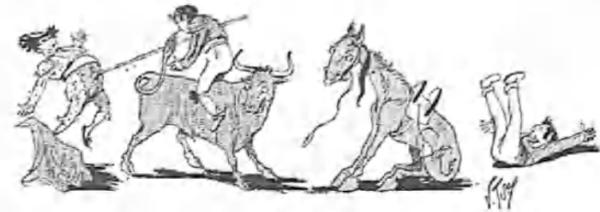


(De fotografía REUTLINGER.)

HISTORIETA POR V. TUR



- 3 -



- 4 -

Tres sonetos.

I PRIMAVERA

Se engalana otra vez Naturaleza con rico traje de vistosas flores; resucitan la luz y los colores y el árbol viejo á retoñar empieza.

La juventud entusiasmada reza ante el altar del Dios de los Amores, y cánticos se escuchan seductores en el Templo inmortal de la Belleza. ¡Primavera adorable!.. En tu camino no te puede seguir la vida humana que, presa del dolor y de la duda, mira como, cumpliendo su destino, el alma de las cosas se engalana y el alma de los hombres se desnuda.

II NUPCIAL

Ya se aleja el cortejo bullicioso que escoltó á la pareja venturosa... ¡Solos al fin!.. La enamorada esposa se refugia en los brazos del esposo. Un beso interminable y ardoroso es de dos almas conjunción grandiosa... ¡Hora feliz, solemne y luminosa que alumbró y fija el porvenir dichoso! Ya se apagan las ansias del Deseo; bate Cupido sus rosadas alas cumplido, una vez más, su poderío; enciende sus antorchas Himeneo... ¡y en el lecho nupcial cuega sus galas el ángel invisible del Hastío!..

III VIEJOS

—¡Qué vieja estoy! Mirándote al espejo más en tono de burla que de queja, me decías ayer— ¡Estoy muy vieja! ¡Y ni también, mi amor, estás muy viejo! Con tristeza te vi... Mas no me quejo si la riente Juventud se aleja... La gozamos con fe, y ahora nos deja su remembranza, su postrer reflejo. Si á amar convida la risueña Aurora también la sombra á nuestro amor convida... ¡Vivamos el encanto de la tarde! Qué para el alma ardiente y soñadora no hay estaciones ni años en la vida... ¡Cuanto más seco el tronco mejor arde!

ANTONIO PALOMERO

Los juguetes.

La sociología... pero, ¿se puede hablar de sociología? ¿Lo permiten a un humilde periodista, los doctores de la nueva religión?

La sociología... nadie sabe lo que es la sociología. ¿Existe? Hemos conocido la teología, que hablaba de todo, que lo examinaba todo: la guerra, la simonía, la colonización, la magia, el matrimonio, todo. *Nullum argumentum, nulla disputatio, nullus locus alienus videatur á theologica professione et instituto*, decía el P. Victoria, gran teólogo. Y más tarde, Montaigne, el gran filósofo: *Les sciences qui reglent les mœurs des hommes, comme la théologie et la philosophie, elles se meslent de tout: il n'est action si privée et secrète qui se desrobe de leur cognaisance et jurisdiction.*

Pero los años pasan, pasan los siglos y la investigadora teología envejece, vegeta en los seminarios, muere. Nace la filosofía, la filosofía de los enciclopedistas y novadores del siglo XVIII, la combatida por Alvarado, la triturada por Ceballos. ¿Qué es la filosofía? La filosofía, habla también de todo, de política, de economía, de arte militar, de literatura, soluciona todos los conflictos, ocurre á todas las contingencias.

Y un día, la filosofía muere á su vez. ¿Cuándo? Acaso, en España, llega hasta la revolución de Septiembre; de la gloriosa acá impera el positivismo. El positivismo; ¿qué es el positivismo? El positivismo lo tritura también todo, lo muele todo, lo aecha todo. Y cansado de tan prolijo examen, aburrido, hastiado, el positivismo también perece.

¿Quién le sucede? La sociología; nuevo licor de la Madre Seigel, flamantes píldoras de Holloway. ¿Sabe alguien lo que es la sociología? Proyectos sobre el bienestar social, sobre las relaciones humanas, sobre todos los problemas de la vida, hipótesis, generalidades, conjeturas... ¡metafísica! Si; metafísica es la sociología, como el positivismo, como la filosofía, como la teología.

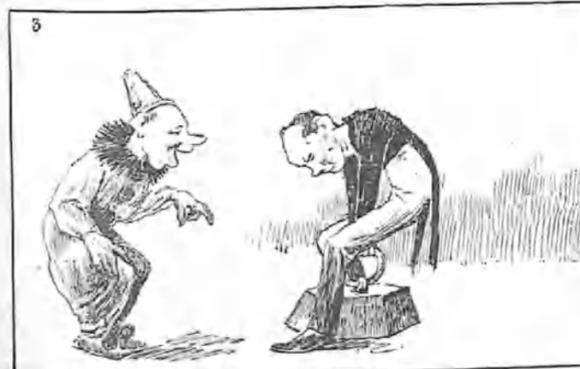
¿Por qué metafísica? La metafísica es el andamiaje de la ciencia. Los albañiles montan el andamio y edifican; terminada la construcción, quitan el andamio y queda la casa al descubierto, limpia, sólida. Pues el pensador construye la hipótesis, la realidad confirma la hipótesis; el pensador entonces desmonta la hipótesis y queda, fornida y brillante, al descubierto, la verdad. Sin el andamio, el albañil no puede edificar; sin las hipótesis, es decir, sin la metafísica, el filósofo no puede construir la ciencia. Hay andamios que parece que no han de ser desmontados nunca, todavía no hemos quitado el de la *causa primera*. Hay otros provisionales y de primer intento: son los milagros. Una hostia profanada mana sangre, un místico ve á través de los cuerpos opacos... «¡Milagro, milagro!», gritamos. Y un día se descubre el hongo rojo de la harina, se descubren los rayos X... y el andamio queda desmontado.

¡Ah, lo incognoscible! Los sistemas filosóficos nacen, envejecen, son reemplazados por otros. Materialismo, espiritualismo, excepticismo; ¿dónde está la verdad? El hombre juega con las filosofías para distraer la convicción de su ignorancia. Los niños tienen sus juguetes, los tienen también los hombres. Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Hegel, Kant, son los grandes fabricantes de juguetes...

¿Los tendrán también los dioses? ¿Existimos? ¿Existe lo objetivo?

Intermedio cómico.

HISTORIETA POR MEDINA VERA



¿Existe el universo? ¿Corresponde la realidad a lo que los ojos y los oídos y el tacto y el gusto y el olfato, nos aseguran? ¿Cómo comprobarlo, oh, insignes manes de Berkeley y de Hume?

Si; acaso el universo sea una broma; acaso—como dijo el maestro Leopoldo Alas—los fenómenos sean una *supercheria*. Entretanto juguemos para divertir nuestro tedio, juguemos con el juguete de Montaigne, que es el más bonito y confortable.

Mi deseo es pasar dulce y no trabajosamente, lo que me resta de vida—dice el gran escéptico. Por nada, sea cual sea el galardón que se alcance, por nada, ni aun por la ciencia, quiero romperme la cabeza...

J. MARTÍNEZ RUIZ

La Exposición del Círculo de Bellas Artes.

CARTA DE UN VISITANTE.

Copio, aunque a nadie le importe, la carta que ha dirigido a su apreciable consorte un paleta que ha venido tras de un asunto a la corte.

«Mi querida Encarnación: ¿Quieres la continuación de las impresiones mías? Pues sabrás que hace tres días he visto una Exposición.

Después de ir a varias partes, me llegué al Retiro el martes; topé allí con un cartel y vi que decía en él:

«Círculo de Bellas Artes.»

Atravesé una pradera y subiendo la escalera del Palacio de Cristal, que parece una pecera de tamaño colosal,

penetré en la Exposición, ¿Sabes lo que es? Un salón, ni redondo, ni cuadrado, que está de estampas forrado y en medio tiene un pilón.

Menos mal que estando allí, un amigo a quien me uní (que habla bien cuando se pone) me sirvió de *biberone*, como dicen por aquí.

Mucho le estimé el favor, Al fin y al cabo es pintor, ¿Sabes quién es? Lino Lanas, el que pintó las ventanas de casa del herrador.

Mientras tocaba la banda de Ingenieros (que están dirigidos por un *Saco* (1) y tocan mejor que Paco el chico del sacristán), fui viendo flores divinas pintadas por damiselas,

y pasajes de novelas y retratos y marinas, ó mejor dicho, *aguarelas*.

La reina lo inauguró con toda solemnidad, y dicen que le gustó. ¡Pues, hombre, podía no gustarle a Su Majestad!

En la Exposición, que es buena, hay cuadros—me dijo Lino—de Sala, Ferrant, Lucena, Sorolla, Hidalgo, Camino, Francés, Abades, Carmena, Saint-Aubin, Sola (ó Solá), Zubiaurre, Souto, Romero y otros cien. ¡Si vieras la *telaraña* que ha hecho Plá y el *chucho del Carbonero!*...

En fin, después de haber dado una vuelta algo ligera por aquel sitio, cuajado de cosas que yo te hubiera de buena gana comprado, me dije: «De Exposición basta ya.» Y cuando me iba quedé hecho un bobalicon ante una niñera viva que andaba por el salón.

¡Qué ojos tenía y qué pelo! Y en verdad que quiso el cielo, darla un susto soberano: se la escapó el *pequeñuelo* que llevaba de la mano; fué a cogerle, resbaló y boca abajo cayó.

¡En qué *exposición* la vil ¡Y qué círculo enseñó de bellas artes allí!...

En fin, no te digo más por si ya celosa estás. Conque, adiós, Encarnación. Te abraza de corazón tu fiel esposo.—*Colás.*»

Por la copia,

JUAN PÉREZ ZÓRIGA

(1) Arturo Saco del Valle.

Pàlique.

Pues, señor, estamos frescos. Por un lado obispos y *canonges* que cobran un díneral; nos cuesta la piedad del Estado muchísimo más que la Instrucción pública; además, si le dice usted a cualquier presbitero, con buenas alabas, que nunca llama a Dios bueno hasta después de comer, se expone usted a ir a la cárcel.

Y por otro lado, tiene usted a esa juventud literaria é impía que sólo cree en la paz de los sepulcros, ó a todo más en Kropotkin; y que turba nuestra conciencia y nos vuelve a sumir en la duda de que nos había sacado Núñez de Arce a duras penas.

Porque, si uno de esos chicos de quince a veinte nos vienen diciendo que no hay Dios, ni Cristo que lo fundó, ¿cómo no ha de vacilar el alcázar de nuestras opiniones y creencias? ¿Quién mejor que un muchachuelo vanidoso y sin juicio, de poca aprensión y pocas letras, puede saber lo que es la *cosa en sí* de Kant y lo *Indiscernible* de Spencer, y aquello que el positivista Littré creía vislumbrar en el horizonte lejano, inaccesible?

Aristóteles creía en Dios; si, pero Aristóteles *fué toda su vida* un pobre vejete, chocho, que no leyó nunca a Nietzsche, ni siquiera a Pompeyo Gener.—Aristóteles hablaba del primer motor inmóvil... como de una necesidad reaccional. Hoy, que tenemos los automóviles, la prueba de Aristóteles cae por tierra.

Hoy mismo he tenido yo motivo para perder la fe de repente. Es el caso, que un chico de Bilbao le escribe a un amigo, en un periódico de Madrid, dándole la noticia de que se ha quedado sin Dios, como pudo haberse quedado sin un cuarto.

Y no le pesa. ¡Qué le ha de pesar!

Antes, era fuerte y bueno. Pues ahora, «desde que no creo en Dios, soy más fuerte y más bueno».

Por lo pronto, se me figura que ese joven ateo no da gran importancia a lo de ser bueno. Porque si se la diera, la modestia le impediría llamarse bueno a sí mismo. ¿A que no se atreve a decir (puede que se atreva) «cada día soy más listo y más sabio y más seductor»? Porque a esto le dará importancia.

Peró ser bueno ¡bah! ¡para lo que vale eso!

«Más bueno y más fuerte». Habla así, como de las duchas, del ateísmo. Es un abate Kneipp... sin corona, por supuesto; y en vez de la hidroterapia emplea la ateoterapia.

Lo que no concibo es cómo ese joven no se muere de rabia al considerar que no hay Dios, y al alto clero le estamos pagando un díneral. ¡Para qué sirve el arzobispo de Toledo con todas sus congruas incongruentes, si no hay Dios!

Hasta mi compañero y amigo Vadillo debe renunciar la mitad del sueldo, como ministro de Gracia, si es cierto lo que asegura ese muchacho bilbaino.

Como no haya Dios...
¡que no haya Cos!

o

¡Estos jóvenes audaces! El que no es impio es poeta, que es casi peor.

Un señor *colorista*, de esos que parecen una cantera... de Carrara, pero cantera, y corredores de joyas y diamantes... *simil*; un señor que firma como la *ciudad del Turia*, si la ciudad firmara, habla con las cigüeñas, y dice:

Vagos signos de mística tristeza
es el perfil de su sedoso flanco
que evoca, cuando el sol se *despreca*
las lentas agonias de lo Blanco.

En este último verso debe de haber una errata.
Creo que el poeta quiso decir:

las lentas agonias del Sr. Blanco.

Así el verso es muy largo, pero la verdad por delante. O acaso pensó:

las lentas agonias de un tal Blanco.

Que muy bien puede ser el general del mismo apellido.
También dice el poeta:

Quiero el soneto, cual león de Nubia,
de ancha cabeza y resonante cola.

Un soneto de cola, tiene que ser un soneto con estrambote. Y para que tenga la cabeza más ancha que los sonetos y los leones de poco más ó menos... el soneto debe de tener en los primeros versos más sílabas de la cuenta.

A ver, a ver, amigos Rueda y Darío; a ver si ustedes escriben en adelante sonetos como el león de Nubia.

Como el oso nostálgico y refinado

entre la cárcel de *redondas* barras...

Pero, señor; las barras ¿por fuerza han de ser redondas?

alimentó mis sueños, como el oso.

Duerma usted, duerma usted, en paz, joven nostálgico.

o

Pero, en fin; que los poetas digan cosas raras, no tiene nada de particular, porque el arrebató lírico consiste muchas veces en parecer medio loco, según dice Valera. Pero un periodista sesudo, que escribe con toda calma, no debía soltar paradojas como ésta que acabo de leer en un periódico:

«Me habló *medio* en francés, *medio* en español, *medio* (1) en... inglés.»
¡Hombre, no puede ser! ¡Las cosas no pueden tener tres mitades!

Sin embargo; ¡ahora se discute cada novedad! ¿No se ha inventado eso de la cuarta dimensión, y el espacio de ene dimensiones?

Pues, acaso ese periodista pueda demostrar que las mitades de una, casi no son dos, sino tres.

Si lo hubiera descubierto Silvela, no se quedaba Sánchez Toca sin ministerio.

CLARÍN

o

¿Y me dices que no quieres?...

(ÍNTIMA)

¿Y me dices que no quieres, y que tú nunca has querido?

¡que en tu pecho no has sentido
las caricias del amor?

Pues yo voy a demostrarte, con razones convincentes
y con pruebas evidentes,
que es grandísimo tu error.

¿Y me dices que no quieres? ¿Pues entonces, por qué miras
y sonríes y suspiras
y te pones colorada,

cuando absorto y con el alma de entusiásmo rebusante
cariboso y suplicante
te dirijo una mirada?
No me digas que no quieres, pues tus ojos no te dejan,
te denuncian y reflejan
en su límpido cristal,
como prueba de que adoras, como prueba de que amas,
los penachos de las llamas
de un incendio colosal;
de ese incendio que en tí sientes y que realiza tu belleza,
que destruye la dureza
de tu férreo corazón
y á tus labios da sonrisas y á tus ojos da miradas
de dulzura saturadas
y á mi musa inspiración.
¿Y me dices que no quieres ni has querido? Yo creería
semejante tontería
si á tus ojos no salieran
y mi mente no robara tus amantes pensamientos,
si mis ojos avarientos
en los tuyos no leyeran.
¿Y me dices que no quieres, inocente y caprichosa?
No sostengas una cosa
que estás lejos de sentir.
Dios, que puso en tu semblante tan purísima hermosura
para que ames con locura,
no se va á contradecir.
¿Y me dices que no quieres, y en decirme lo te obstinas?
¿No comprendes, no imaginas
que á ti misma te traicionas?
¿que tus labios purpurinos si sonríen, te delatan
y confiesan y retratan
lo que ocultas y ambicionas?
.....
No pretendas repetirme que ni quieres ni has querido,
que en tu pecho no has sentido
las caricias del amor.
Pues ya queda demostrado, con razones convincentes
y con pruebas evidentes,
que es grandísimo tu amor.

VICENTE FERNÁNDEZ ALONSO

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. P. P.—*Madrid*.—No puedo aprovechar ninguna. Debe usted mejorar la letra, lo indispensable para que se le pueda leer. Que Clarín, Sánchez Pérez y Azcárate, escriban de modo que ni Dios entienda, puede pasar. Pero usted no tiene aún categoría para tanto.

L. DE Z.—*Madrid*.—Admitido. Se publicará pronto.

I. B. A.—*Madrid*.—Sus cantares carecen de filosofía. Hay que decir algo. Cantar como usted canta es lo mismo que rizarse el bigote con las tenacillas frías.

PIÑACHO.—*Gijón*.—Casi, casi, le digo á usted lo mismo. Y eso que sus cantares de usted empiezan á tener sabor.

HACHE.—*Oviedo*.—¿Es usted médico? Defina usted la tisis de una manera tan original.

C. P. O.—*Madrid*.—Las dolores, cuando no tienen mucho dentro se convierten en dolores y las de usted *dulcen* que es una bendición de Dios.

R. L. M.—*Astillero*.—Artículos, no.

PRONIA Y LUZ.—*San Sebastián*.—Otro día será, ¿eh?

CONSTELACIÓN.—*Madrid*.—

Las quincillas no están mal
y hasta quizá las publique
aquí, en cuanto usted me explique
qué es «un lance sideral».

S. H. T.—*Santander*.—Digo á usted lo mismo que á *Pronia y Luz*.

P. C. V.—*Madrid*.—¡Pobre Clarín! Me cree usted capaz de ser cómplice en el crimen que medita. Si publico ese soneto que usted le dedica, moriría en el acto. Y aquí admiramos mucho al ilustre crítico y procuramos que viva todo lo posible. *Lógica Infantil* es chascarrillo antiguo.

J. S.—*Madrid*.—Su *Romería de San Isidro* encajaría bien en *Vida galante* ó en *La Sesta*.

T. G. R.—*Madrid*.—Si el pobre Fernández era un desheredado de la influencia como usted dice, yo conozco muchos que lo son de la literatura. Usted uno de ellos.

R. L. D.—*Barcelona*.—

Está un año ejemplar
y lo puede acreditar
su cuento *El sepulcro frío*.
Y perdono, amigo mío
el modo de señalar.

A. T. O.—*Oviedo*.—¡Cielos! Vital Aza le ha robado á usted esas quincillas. Porque esa composición la he visto yo firmada por Vital, en el antiguo MADRID CÓMICO.

MADRID: 1900.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

— EL —

ESTÓMAGO ARTIFICIAL

Ó POLVOS DEL DR. KUNTZ

Este REMEDIO, bajo la forma de POLVOS, puede titularse MARAVILLOSO por lo RADICAL de sus curaciones y sus componentes están combinados con arreglo á la última palabra de la ciencia. Todos los enfermos se curan, por crónica que sea la dolencia. Nunca falla. Triunfa siempre, aun en los casos más rebeldes. Enfermos hay que se han curado con una sola caja. Comprobado este remedio en la clientela privada de distinguidos médicos, podemos asegurar el ÉXITO cada vez que se tome. No daña, por mucho que se use. No hay Dispepsia, Gastralgia ó Diarrea que resista al ESTÓMAGO ARTIFICIAL. Cuando han fracasado todos los demás digestivos, el único remedio positivo que puede devolver la salud es el ESTÓMAGO ARTIFICIAL ó POLVOS DEL DR. KUNTZ.

CURA las dispepsias estomacales en sus diferentes formas atónica-catarral flatulenta y la dilatación de estómago, haciendo desaparecer el peso en el estómago, llenura, la hinchazón de vientre, los eructos agrios ó acedías, gases, sed después de las comidas, pesadez de cabeza, vértigos, mareos, ansiedad, somnolencia, opresión, repugnancia á las comidas, etc., bien proceda de comer alimentos pesados, exceso de alimentación, exceso de vino y alcohólicos, hábito sedentario y vida poco activa, falta de reposo después de comer ó hacerlo bajo la influencia de disgustos morales que preocupan el ánimo, ó comer precipitadamente, como los empleados, hombres de negocios, etc., y toda persona que trabaje mentalmente después de las comidas.

CURA las dispepsias intestinales, cesando pronto las DIARREAS con ó sin cólicos ó pujos por antiguos que sean; hace desaparecer el olor fétido y restablece la normalidad del intestino, produciendo deposición natural; tal efecto lo realiza EL ESTÓMAGO ARTIFICIAL, porque destruye los microbios productores de la infección intestinal, adquirida, bien por mala calidad de alimentos y de las aguas de beber, insalubridad del terreno, casa ó lugar donde se habite ó predisposición individual á infeccionarse: así todo estado diarreico debe ser tratado por EL ESTÓMAGO ARTIFICIAL, el cual actúa también como Preventivo.

CURA la disenteria con flujo de sangre, diarrea catarral con ó sin mucosidades, por crónica que sea, evitando adquirirla á las personas que anualmente la padecen.

CURA la gastritis, gastralgias y catarro crónico del estómago, biliosidad y el estreñimiento por falta de secreción biliar, suprimiendo la flatulencia ó desarrollo de gases procedente de la fermentación del alimento en el estómago é intestinos.

Se vende en las principales farmacias y droguerías á ptas. 7,50 la caja; 4 ptas. la media caja, y en la farmacia Gayoso (sucesor de M. Miquel), Arrenal, 2, Madrid, y Centro de Especialidades, Rambla de las Flores, 4, Barcelona. BUENOS AIRES: Manuel Matesanz, Avenida de Mayo, 1.080. MONTEVIDEO: Manuel Matesanz, calle Yí, 303. —VA POR CORREO. —PIDANSE FOLLETOS.

